

LA RENOVACIÓN DE LOS ESTUDIOS PATRÍSTICOS EN EL SIGLO XIX Y SU INFLUJO EN LA VIDA ESPIRITUAL

JUAN ANTONIO GIL-TAMAYO

La *Instrucción sobre el estudio de los Padres de la Iglesia* de la Congregación para la educación católica, aparecida en 1989, destaca de manera especial entre los grandes valores culturales, teológicos y apostólicos que se contienen en los escritos patrísticos, la riqueza espiritual de la doctrina de los Padres, hasta el punto de considerar su teología como «eminente religiosa, una verdadera ciencia sagrada, que, al tiempo que ilumina la mente, edifica y enfervoriza el corazón»¹. Muchos son los rasgos y elementos de la vida espiritual —señala la Instrucción— que encuentran en los Padres su enraizamiento en la riqueza y pureza de los orígenes: los ideales ascéticos de la virginidad *propter regnum coelorum*, el desprendimiento de los bienes terrenos en la penitencia, en la vida monástica, eremítica o comunitaria. «Incluso muchas formas de piedad privada (como la oración en familia, la oración diaria, la práctica de ayunos) y comunitaria (por ej., la celebración de los domingos y de las principales fiestas litúrgicas como participación en los acontecimientos salvíficos, la veneración de la Santísima Virgen María, las vigiliyas, los ágapes, etc.) se remontan a la época patrística y reciben su concreto significado teológico-espiritual de las enseñanzas de los Padres»². Por ello, el retorno a las «fuentes» ha supuesto siempre un revulsivo y un estímulo en todos los campos de la vida cristiana; una mayor vitalidad; una más aguda sensibilidad para captar y resolver los problemas que han ido surgiendo en la Iglesia a lo largo de su historia³. El siglo XIX, considerado como el siglo por excelencia de la historia como ciencia, supuso también una nueva y fecunda época para el estudio y valorización de los Padres; un si-

1. CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *Instrucción sobre el estudio de los Padres de la Iglesia en la formación sacerdotal*, de 30 de noviembre de 1989, n. 44, en AAS 82 (1990).

2. *Ibidem*.

3. Cfr. *Les Chemins vers Dieu*, presentación de H. DE LUBAC, Editions du Centurion, Paris 1967, p. 7.

glo que ha llegado a calificarse como la «Neopatrística»⁴ debido al movimiento teológico que en él se desarrolló y que se propuso una renovación general de la vida eclesial, con la mirada puesta precisamente en los Padres de la Iglesia.

Cambiada la situación histórica y cultural que había desdeñado la importancia de la «tradición», vio la luz una nueva perspectiva de historiografía literaria, con un método científico más riguroso, que dotó de un nuevo vigor los estudios religiosos en general, y de manera especial a la Patrología. Se acudió entonces a los Padres con una nueva sensibilidad: la de encontrar en ellos la inspiración para una verdadera renovación teológica y espiritual⁵. Dos focos geográficos fueron especialmente significativos en esta línea: Tubinga y Oxford.

En el ámbito universitario de Tubinga, la sensibilidad romántica y post-ilustrada derivó en una aproximación a los Padres, que en el pasado inmediato habían sido sólo tratados en meras ediciones eruditas, y como apoyo a una teología de controversia y apologética. Johann Sebastian Drey (1777-1851)⁶ y sobre todo Johann Adam Möhler (1796-1838)⁷ llevaron a cabo una lectura de los Padres en la que se ponía de manifiesto el sentido místico de la unidad cristiana y la presencia vivificadora del Espíritu Santo. Möhler, en su primera gran obra, *La unidad de la Iglesia* (1825), centrada en el estudio de los Padres de los tres primeros siglos, descubrirá el principio íntimo de la unidad eclesial: la Iglesia como pueblo animado por el Espíritu Santo que une a todos los fieles en una comunión de fe y vida⁸. La Iglesia es así una realidad viviente y mística, que tiene en su estructura institucional exterior no su fundamento, sino su expresión adecuada. Con esta preocupación por comprender con mayor profundidad la realidad de la Iglesia, afrontará también el estudio de la controversia arriana en el siglo IV a través de su obra *Atanasio el Grande y la Iglesia de su tiempo*

4. Cfr. A. QUACQUARELLI, *Spiritualità patristica e San Bonaventura*, en «*Vetera Christianorum*» 14 (1977).

5. Cfr. J. DE GHELLINCK, *Les études patristiques depuis 1869*, en «*Nouvelle Revue Théologique*» 56 (1929) 840-862; M. PELLEGRINO, *Problemi e orientamenti negli studi sulla letteratura cristiana antica*, en «*Cultura e Scuola*» 2 (1962) 54-58; P. STELLA, *Editoria e lettura dei Padri: dalla cultura umanistica al modernismo*, en A. QUACQUARELLI (ed.), *Complementi interdisciplinari di Patrologia*, Città Nuova, Roma 1989, pp. 825-830; M. MARITANO, *La situazione degli studi patristici nel secolo XIX*, en «*Salesianum*» 53 (1991) 255-272.

6. Cfr. W.L. FEHR, *The birth of the Catholic Tübingen School: the dogmatics of Johann Sebastian Drey*, Scholars Press, Chico 1981.

7. Cfr. A. FONCK, *Möhler et l'école catholique de Tubingue*, en «*Revue de science ecclésiastique*» 6 (1926) 250-266; y E. BELLINI, *I Padri nella tradizione cristiana*, Jaca Book, Milano 1982, pp. 98-116.

8. Cfr. P. RODRÍGUEZ, «*La unidad de la Iglesia*» en *la teología de Johann Adam Möhler*, en «*Scripta Theologica*» 28 (1996) 809-825.

(1827). En ella, siguiendo el pensamiento de Atanasio, Johann Adam Möhler cifrará la esencia del cristianismo en la vocación del hombre a ser realmente hijo de Dios en Cristo, el Hijo de Dios por esencia. Por otro lado, en su obra póstuma *Patrología* (1840), Möhler declara la necesidad de conocer el gran patrimonio de reflexión patrística sobre el culto, la doctrina y la constitución de la Iglesia, y ello porque de los Padres, antes que de cualquier doctrina particular, se ha de obtener el testimonio espiritual para afrontar los problemas de la Iglesia de nuestro tiempo. Para ello ve imprescindible la lectura continua y directa de sus obras, al igual que el desarrollo de una ciencia propia y organizada que ayude a una inteligencia más profunda del pensamiento patrístico. Pero ¿quiénes son los Padres para Möhler? ¿cómo definirlos? Para él son todos aquellos doctores espirituales, especialmente obispos, que se han distinguido por una auténtica piedad y amor al cristianismo; algo que se materializa en sus palabras y escritos, y que les hace ser testigos cualificados de la fe de la Iglesia antigua. Un rasgo definitorio que verá en ellos será precisamente el de la santidad: unos maestros que no sólo enseñaron con sus escritos, sino, ante todo, con sus propias vidas. En esta misma línea de renovación y de vuelta a las fuentes, se sitúa también Johann Baptist Hirscher (1788-1865), el cual propuso todo un repensamiento de la catequesis atendiendo al contenido salvador del mensaje y a su presentación pedagógica, en clara polémica con los catecismos entonces en uso. El punto de partida y el modelo que propondrá será la obra *De catechizandis rudibus* de san Agustín⁹.

Por su parte, en Inglaterra, el movimiento de Oxford¹⁰ vino a reaccionar contra la parálisis litúrgica y espiritual de la Iglesia oficial anglicana. En este sentido, con el retorno a los Padres se trató de reponer un planteamiento ya presente en algunos escritores ingleses del siglo XVII: que la Iglesia anglicana era la que mejor respondía en su organización a la Iglesia de los primeros siglos; pero esta Iglesia se encontraba necesitada de revitalización. A tal propósito se llevó a cabo una iniciativa fundamental, consistente en hacer conocer a los Padres traduciendo sus obras al inglés y estudiando su pensamiento. A este periodo corresponden las colecciones de textos patrísticos a cargo de Martin Joseph Routh (1755-1854), *Reliquiae sacrae* (Oxford 1814-1818, 4 vols.), la *Library of Fathers of the holy catholic church, anterior to the division of the east and west* (Oxford 1832ss., 45 vols.), *The Library of the Fathers* (Oxford 1838ss.) y la *Bibliotheca patrum ecclesiae catholi-*

9. Cfr. P. STELLA, *Editoria e lettura dei Padri*, cit., p. 826.

10. Cfr. J. MORALES, *Semblanza religiosa y significado teológico del movimiento de Oxford*, en «Scripta Theologica» 18 (1986) 459-518.

cae... delectis presbyterorum quorundam Oxoniensium (Oxford 1835-1855). La reflexión de Oxford llevó a John Henry Newman (1801-1890) y a otros intelectuales ingleses al catolicismo. El sentimiento de la necesidad de una mayor semejanza con la Iglesia primitiva, la exigencia de unas formas más vivas de la liturgia, la importancia que atribuían a la plegaria comunitaria, fueron acicates que animaron a esa nueva lectura de los textos patrísticos. Lo que otorga importancia a los escritos y opiniones de los Padres es, según Newman, la doctrina de la Iglesia que considera la Tradición como fuente de la fe. Frente al liberalismo moral y político, Newman aprenderá de los Padres la primacía de la fidelidad a la revelación transmitida sobre todo presunto derecho de la razón, así como la preeminencia de la adoración y la admiración sobre la misma inteligencia de los misterios cristianos. Sólo quien posee esta convicción —argumentará— puede afrontar sin complejos la arrogancia de la razón ilustrada y alcanzar la recta inteligencia de la revelación¹¹.

Por otro lado, el contexto francés e italiano fue bien distinto a los dos anteriormente descritos. La visión teológica y filosófica que predominaba en estos dos países era la neoescolástica, y los estudios patrísticos siguieron desarrollándose entonces en una línea erudita y apologetica y no tanto de renovación¹². Sin embargo, en el caso de Italia, es interesante destacar la lectura original que hace de los Padres Antonio Rosmini (1797-1855) dentro del cuadro de su pensamiento filosófico, teológico, espiritual y político. Rosmini considera a los Padres como inspiradores de sus ideas sobre Dios, el hombre, el lenguaje teológico, la eclesiología, así como de sus teorías sobre la pedagogía cristiana. El fundamento patrístico se muestra así como algo esencial en todo el sistema rosminiano¹³. En su obra *Las cinco llagas de la Santa Iglesia*¹⁴, Rosmini describe los males que a su juicio sufre la Iglesia y que pone en relación con las cinco llagas del cuerpo de Cristo. Esas cinco llagas son: la separación entre el clero y el pueblo, la insuficiente instrucción del clero, la desunión con el Obispo, el creciente poder laicista y la servidumbre que ocasionan los bienes eclesiásticos. En su primer capítulo expresa su convicción de que la novedad cristiana consiste en la instauración de un culto nuevo, que no es un simple gesto del hombre, sino verdadera comunicación de una fuerza divina (la gra-

11. Cfr. E. BELLINI, *I Padri nella tradizione cristiana*, cit., pp. 116-133.

12. Cfr. P. STELLA, *Editoria e lettura dei Padri*, cit., p. 827.

13. Cfr. A. QUACQUARELLI, *La lezione patristica di Antonio Rosmini*, Città Nuova, Roma 1980; ID., *La filosofia neopatristica al tempo di Rosmini*, en «*Vetera Christianorum*» 24 (1987) 237-252.

14. Cfr. ID., *Le fonti patristiche delle «Cinque Piaghe»*, en «*Rivista Rosminiana di Filosofia e di Cultura*» 76 (1982) 363-389.

cia) que hace al hombre capaz de vivir en amistad con Dios. Este culto se ha de realizar en la plena comunión de todos los creyentes y en la unión del clero y el pueblo. Pero esto sólo será posible si el clero celebra los ritos con clara conciencia de lo que administra y, al mismo tiempo, el pueblo comprende lo que recibe gracias a una seria instrucción y comprensión de lo que se dice y declara en las celebraciones litúrgicas. Todas estas ideas eran típicamente patrísticas: en los Padres es donde encuentra Rosmini profundamente arraigada la concepción de la Iglesia como pueblo sacerdotal, que realiza su culto tanto en la vida como en la liturgia. De ahí la importancia, de cara a la formación cristiana, que los Padres concedieron a la explicación de los ritos, las fórmulas de fe y de oración. Esta influencia de los Padres se hace más explícita aun en el segundo capítulo de esta obra, cuando aborda la cuestión de la formación del clero. Para Rosmini, la educación de los pastores es insuficiente porque los sacerdotes no son formados por grandes obispos en sus necesidades concretas de la vida pastoral. Precisamente como modelos de esa formación presentará a los grandes hombres de la Iglesia primitiva, cuando la casa del Obispo —dirá él— era el seminario de los sacerdotes y diáconos. Así Policarpo formó a Ireneo, y así instruyeron Ambrosio y Agustín a su clero, con una educación caracterizada por la estrecha unidad entre inteligencia y corazón, entre teoría y vida. De tales escuelas surgían hombres doctos y santos, que podían de esa forma dedicarse con devoción y competencia al culto y a la instrucción de los fieles.

Con todo este ambiente especialmente receptivo a los escritos patrísticos se entiende el mérito del abad Jacques Paul Migne (1800-1875)¹⁵, que dirigió la edición de dos colecciones: la *Patrologia latina* (París 1844-1855, con 222 volúmenes, que recopila los escritos de los autores latinos hasta Inocencio III) y la *Patrologia graeca* (París 1857-1866, con 161 volúmenes, texto griego y latino, que recoge la obra de escritores hasta el 1439). En su *Patrologie* Migne seguirá un orden cronológico de los autores, y en los textos originales griegos o latinos introducirá alguna disertación, notas o variantes. Sin embargo, no se trata de una auténtica edición crítica o científica del todo irreprochable. Con todo, su servicio a la cultura y a la Iglesia fue inmenso: recogió el patrimonio cultural del cristianismo antiguo; difundió ampliamente el conocimiento de los Padres; hizo accesible textos y estudios que se encontraban dispersos en muchas bibliotecas; puso a disposición de todos los interesados en la Patrística, la teología o la historia de la Iglesia, un gran instrumento de consulta y trabajo; supuso un contacto directo con toda la tradición oriental, al tiempo que contribuyó a preparar la

15. Cfr. A.G. HAMMAN, *Jacques-Paul Migne. Le retour aux Pères de l'Église*, Paris 1975.

base para mejores ediciones críticas y para un encuentro más metódico con la literatura cristiana y la clásica tardía. Después de esta imponente obra de Migne, verían la luz otras grandes colecciones como el *Corpus Scriptorum Ecclesiasticorum Latinorum* (CSEL), iniciado en Viena en 1866, el *Corpus de Berlín* (1897), la *Patrologia orientalis* (1903), el *Corpus scriptorum orientalium* (1903), etc. Entre tanto, la Patrología iba siendo renovada con la aparición de algunas obras fundamentales como *Geschichte der altchristlichen Literatur bis Eusebius* (1893-1904) de Adolf von Harnack (1851-1930), y las obras de Otto Bardenhewer (1851-1935) *Patrologie* (1894) y *Geschichte der altkirchlichen Literatur* (1913-1932).

En definitiva, a finales del siglo XIX, nos encontramos ya con toda una metodología experimentada para afrontar un serio avance en la ciencia patristica; se ve ampliado el campo de conocimiento de los autores al incluir toda el área del antiguo Oriente cristiano; se ha llevado a cabo una gran profundización en la doctrina de los Padres, descubriéndoles como auténticos maestros de vida espiritual, alimento sólido y fuente segura de inspiración. Ese retorno a los Padres, que tanta fecundidad ha llevado consigo en las nuevas corrientes contemporáneas de espiritualidad y en la misma teología, esa vuelta «a aquel saludable soplo de verdadera sabiduría y autenticidad cristiana que emana de las obras patristicas»¹⁶, encuentra en el siglo XIX su punto de arranque, y en autores como Möhler, Newman o Rosmini sus principales impulsores y apasionados promotores.

16. CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, *Instrucción sobre el estudio de los Padres de la Iglesia en la formación sacerdotal*, de 30 de noviembre de 1989, n. 4, en AAS 82 (1990) 608.